

LA MUERTE TARDA



ERA la época de lluvias en aquellas tierras. El agua caía implacable durante días y días. El paisaje desaparecía detrás de la húmeda cortina. Desde la cabaña ya no se veía la llanura ni tampoco el maizal. Juan hubiese dicho que la lluvia aquel día era cruel. Le quitaba el consuelo de dejarse perder en la inmensa planicie que le rodeaba. Sus ojos no podían ver otra cosa que el monótono espectáculo del agua empañando la tierra. Y maldecía la lluvia. Y se maldecía a sí mismo. Estaba sentado en el porche, sobre el suelo, en la madera. Quería fumar, pero ya no podía. Las últimas horas habían acabado con su provisión de tabaco. Cuando tiró su última colilla, salió al porche huyendo de la muerte que esperaba dentro de la casa. Porque Cholo, su hijo, se moría. Un médico le podía salvar. Pero la lluvia había convertido la cabaña en una isla. No cabía sino esperar la muerte de Cholo. El niño sufría, se quejaba. Los gemidos martilleaban el cerebro del padre. No lo soportaba. Odaba el dolor, la muerte, la miseria. Se marchó de su patria huyendo del terruño que lo encadenaba a la pobreza. Había creído dejar allí con su familia el dolor de los seres queridos. En el nuevo país a nadie amaba, por nadie sufriría. Luchó en una ciudad desconocida y perdió. Entonces se fue al campo y allí todo fue mejor. Porque él era un hombre de campo y no de ciudad. Consiguieron unas tierras donde plantó maíz. Cuando las mazorcas se doraban, el paisaje se parecía al de su pueblo natal porque su padre allí plantaba maíz. Y empezó a amar a aquel suelo y fundó un hogar. Ahora quería más tierra. Quería cambiar su viejo caballo por un tractor. Y formar una gran familia. Su heredero era Cholo. Al principio, no lo quiso mucho porque no le parecía hijo suyo con la piel tan cobriza como la de la madre. Pero luego aprendió a quererle como había aprendido a amar la tierra que labraba. Entonces apareció la enfermedad. El vientre de Cholo se hinchó, los ojos se desorbitaron, la piel se volvió amarillenta. La madre ya había visto morir a alguien de lo mismo. Sin médico sabía que no había esperanzas. Había que abrir el vientre y sacar el mal. Cho-

lo iba a morir. Y por eso estaba ella al lado del jergón esperando con la paciencia vieja de la raza india. Rezaba sin sonido con las manos caídas sobre la falda. Juan odiaba su inercia y sus rezos. El hubiese querido hacer algo, ir a buscar auxilio. Pero el médico vivía en la ciudad, el curandero muy lejos. El caballo no llegaría bajo la lluvia pesada. Ni Cholo. Y ellos no vendrían. El curandero no era sino un charlatán; el médico no quería desplazarse tan lejos y en aquella época. Mientras, Cholo sufría. No se oían sus gemidos ahora porque el ruido de la lluvia los ahogaba. Y Juan tenía el momento de volverlos a escuchar. Si Cholo tenía que morir, no sabía por qué la muerte se retrasaba tanto.

Nada había que hacer. Pero no podía resignarse como su mujer. Y rezar. Se preguntaba qué pediría ella al cielo. Porque la lluvia no se detendría, ni las distancias se harían más cortas, ni caería un médico del cielo. No cabía sino pedir que la muerte fuese compasiva. Que Cholo dejase de sufrir. Juan pensó que, muerto el niño, no podrían quedarse más allí. La llanura sería un lugar imposible. Irían a la ciudad, venderían la tierra. Tal vez tuvieran otro hijo. Se sintió culpable de este pensamiento. Aunque más cruel era el tiempo que todo lo deshacía. Algún día olvidaría todo aquello. Pero mientras, lo real era el dolor de Cholo. Debía dejar de sufrir, debía dejar de agitarse, de gritar. Por ello Juan daba el maizal, la casa, la mujer e incluso la vuelta a la patria. Todo porque terminase la pesadilla. No podía resistir más sus quejidos. Ya casi los percibía a través de la lluvia. Imaginaba la figura doliente del niño y aun le resultaba más penoso que verle realmente. Necesitaba volver a entrar y ver cómo seguía. Podía haber mejorado repentinamente. Se dejó llevar por la esperanza. Y casi animadamente entró en la casa. El olor húmedo del exterior se transformó en una oleada pesada de aire dulzón a enfermedad. El niño seguía quejándose con las manos puestas sobre el vientre. La madre, en su posición inerte, musitaba. Juan sintió deseos de sacudir la para que llorase. No aprobaba la pasividad de su raza. Si ella sollozaba se descargaría la tensión de sus propios nervios. Pero no la tocó porque la figura del niño atrajo toda su atención. Estaba débil, dolorido. Nada quedaba del chicleo flexible y alegre de otro tiempo. Se agotaba poco a poco hasta sucumbir. Con él veía Juan su propia ruina. Había soñado con llevarle a su patria. Mil veces había imaginado la escena. Le mostraba la casa donde se había criado, le presentaba a los abuelos. Todo una vez más se había truncado. Sentía lástima de sí mismo. Fracasaba siempre. Incluso se le moría el hijo. De eso no tenía la culpa. O

tal vez sí, porque no era lo suficientemente decidido para salir de aquella situación. Podía cargar al niño y huir de allí, bajo la lluvia. Pero la muerte lo perseguiría. Vivía demasiado aislado. Tal vez habría debido prevenirlo. Empezaba a comprender la utilidad de los demás. Pero era tarde. Ahora quería hacer algo. Las sienes le latían. Sus manos eran fuertes y no se resignaban a ser impotentes. Su mente trabajaba febrilmente. Habría alguna solución, algún remedio. No lo soportaba más. Si los gemidos cesasen, si llegase la salud, si la muerte terminase su obra. Su mujer sabía que ocurriría. Conocía la enfermedad. Quería preguntarle, quería oír decir que todo acabaría pronto.

—¿Cuánto durará?

—Es muy largo.

Y al fin empezó a llorar silenciosamente. Su llanto no tranquilizó a Juan. Sintió aún más su impotencia. Estaba abrumado. No comprendía los fenómenos de la vida y la muerte. Solo sabía que deseaba que Cholo terminase su tortura. Miraba la debilidad del niño, su agitación. Y sus ojos chocaron. Ya no tenían humani-

esperanza en las que la naturaleza seguiría sus leyes inmutables. Los gemidos, el dolor, continuarían como continuaba la lluvia. Juan no podría soportarlo. Se volvería loco. Pero también le horrorizaba lo que estaba pensando. Nunca había matado. Ni siquiera había visto morir. Huía de las habitaciones de los enfermos cuando en ellas empezaba a aletear la muerte. Pero ahora vería morir irremediablemente a un hijo suyo. Más tarde o más temprano. Podía salir al porche para no verlo, pero sucedería y lo sentiría en su piel, en su carne. Era mejor aquello. Cholo dejaría su tortura. El mismo se lo pedía aun sin reconocerlo. Sería rápido y fácil. Se estaba diciendo. Pensaba en la hora en que el dolor abandonase aquel cuerpo, en que el sufrimiento desapareciera. Se sintió con fuerzas. Pero tenía que alejar a su mujer. No podía estar allí mirando.

—Sal a enjuagarte la cara con la lluvia. Esto te aliviará los ojos. Están enrojecidos.

La mujer obedeció con la sumisión que le habían enseñado los de su raza. En silencio. Mientras la veía marchar Juan comprendió que una vez



dad los ojos de Cholo. Eran los de un animal asustado, cogido en una trampa. Suplicaba. Pedía ser liberado del dolor que le atormentaba. Las manos de Juan temblaron. Sería tan fácil. Y era la única forma de responder a aquella súplica. Una presión suave y la victoria de la muerte sería definitiva. Cholo dejaría de sufrir. Descansarían ambos. Porque también él parecía sufrir las angustias de la muerte y temía las horas que aún debían de pasar. Horas sin

más se deshacía su futuro. Porque después de lo que iba a hacer no podría vivir más con ella. Cholo, la muerte de Cholo, se interpondría entre los dos. Y también entre él y la tierra que acogiera al niño. Volvería a su patria solo. Dejaría allí a su mujer, en el maizal. Ella llamaría a alguien de su gente y la tierra seguiría con su fruto. El dejaría todo atrás con el cadáver de Cholo. No le importaba volver de fogonero ni el desprecio de sus convecinos. Lo que necesitaba

GRAN PREMIO "TRIUNFO" DE NARRACIONES 1962-63

EN LLEGAR

Por María Jesús RUBIERA MATA

era dejar todo lejos y encontrar la paz.

Su mano era nervuda, fuerte por el trabajo. Le fue fácil matar. Más que hincar el arado en la tierra. A Cholo también le fue fácil morir. Más que luchar por vivir. Su cuerpo quedó inmóvil. Cesaron las convulsiones y los gemidos. Juan sentía su mano muy caliente. Como si al calor que perdía Cholo se hubiese transmitido a sus dedos. Estuvo contemplando el cadáver mucho tiempo. Eso al menos creyó. Siempre le habían impresionado los muertos en su quietud. Trataba de acostumbrarse a que Cholo ya no volvería a hablar ni a moverse, ni a respirar siquiera. No pensaba en otra cosa. No quería pensar. Cuando entró su mujer no se movió. Ella se acercó al niño con expresión incrédula. Juan sintió miedo de que adivinase lo que había pasado. Pero ella solo sollozó abrazada al cuerpo muerto. Juan pudo al fin desclavarse de la cama.

xillo de ninguna parte. Vivir allí era como hacerlo en mitad del océano. Cholo se lo agradecería ahora. No tenía por qué seguir atormentándose. Intentó fijar su atención en la lluvia. Anochece y la luz era muy confusa. Sin embargo, creía percibir las formas conocidas de su plantación. El agua seguía cayendo indiferente a todo. Pero terminaría por cesar, y entonces Juan se marcharía de allí para siempre. Pero todo quedaría igual. La tierra labrada por los indios. Seguramente daría el ciento por uno, porque tenía en sus entrañas una víctima. El cuerpo de Cholo purificaría aquel suelo, y también su sacrificio. Se preguntaba por qué a pesar de todo no se sentía tranquilo. Incluso le parecía que la lluvia tomaba un aire irreal. Algo que no estaba antes había aparecido en el ambiente gris del paisaje. Los nervios de Juan se tensaron. Le parecía que había una luz. Se asomaba con los ojos guiñados intentando ver a través de la cortina de agua. Se mojaba el rostro y los cabellos. Pensaba mil cosas sobrenaturales. Era una lucecita lejana que se movía y parecía avanzar. Juan tenía que saber lo que era. No importaba la lluvia ni el anochecer. Salió bajo el aguacero. Caminaba con dificultad. Sus pies se hundían en un barro de muchos días. Y le parecía que no avanzaba, que sus piernas estaban atadas por una invisible cadena. La luz caminaba ahora hacia él y Juan ya corría. Resbalaba sobre el fango, se hundía en los charcos. Algunas ramas le golpeaban el rostro, el cuerpo, las piernas. Pero no se detenía; tenía que llegar.

La luz era una linterna. Eran tres hombres. Uno se apoyaba en su compañero, el tercero llevaba la lámpara y Juan pudo distinguir sobre su cabeza una gorra como las de los pilotos de la aviación comercial. Fue el que habló.

—Tuvimos un aterrizaje forzoso. Hay un herido. ¿Podríamos guarecernos en algún sitio?

Juan había recuperado la calma. Todo era lógico. Ya los fantasmas huían de su cabeza. Incluso se alegraba de la presencia de aquellos hombres. Sus problemas le apartarían de su propio drama.

—Vengan a mi casa. Pero no sé quién atenderá al herido. No hay un médico. Yo soy el único habitante en muchos kilómetros.

Entonces habló el hombre que sostenía al herido.

—No se preocupe por eso. Yo soy médico.

Los tres hombres no comprendieron por qué su interlocutor se tiró al suelo y con el rostro entre las manos, cubierto de barro, empezó a ser sacudido por grandes sollozos.

ILUSTRACIONES DE ZAMORANO

Salió al porche. Necesitaba respirar. Hubiese dicho que había pasado mucho tiempo desde que estuvo allí sentado. Sin embargo, había sido muy poco. Solo el suficiente. Quería llorar o gritar, pero le parecía no poder hacerlo. No creía sufrir recordamientos. Había obrado bien. Había evitado al niño un sufrimiento largo y penoso. Nadie le podía reprochar nada, porque él lo quería más que a nada sobre la tierra. Lo había matado porque no vendría au-



...de boca en boca corre la fama

MG

NUESTRO QUESO INTERNACIONAL

el queso que satisface y "hace quedar bien"

Más Graso
Más Gustoso
Más Garantía

MG

se distingue por su presentación a listas encarnadas y amarillas

Pida también ahora el riquísimo QUESO M-G, cortado e higiénicamente protegido.



¡Cuidado! hay bolas de queso y... queso de bola MG